

pueblo, quedaba muy constreñida por el exagerado intervencionismo real. Eminentemente políticas—en progresión creciente—son las cartas que *Figaro* envía a *Andrés Niporesas*. En la primera aparece el tema del carlismo, la crítica al *Estatuto* que anacrónicamente seguía en vigencia, a pesar que los progresistas estaban ahora, en 1836, en el poder, y moderadas alabanzas a Mendizábal. En la segunda, veinticinco días después de la anterior, hace un análisis de la situación española del momento, remontándose a 1812. Critica a los liberales moderados, así como a Mendizábal. El primer mandatario progresista será duramente atacado por *Figaro*, dos meses y pico más tarde, en su última carta a *Andrés*, al hacerle responsable de todos los desmanes electorales.

Además de estos artículos escribe otros muy diferentes de tipo intimista, ajenos por completo a los de los demás *personajes-autores*, teñidos de decepción y melancolía, como «El día de difuntos de 1836» y «La Nochebuena de 1836».

A través del análisis de sus escritos no es difícil llegar a la conclusión de que *Figaro* era un escritor comprometido, que utilizaba la literatura como *vehículo*. Muchos de sus artículos son prueba fehaciente de un quehacer periodístico dirigido a la toma de conciencia de las circunstancias sociopolíticas. Ullman, en su magnífico estudio<sup>19</sup>, muestra cómo tenía presente los discursos pronunciados en las Cortes, cuyo estilo ridiculizaba. El mencionado crítico, a base de una metodología que funde el historicismo parlamentario y el análisis estilístico, pone de manifiesto la tendencia figariana a mantenerse en un plano de máxima actualidad política, satirizando en sus artículos las frases—siempre en letra bastardilla—recientemente pronunciadas por los augustos próceres. Ahora bien, esta actitud aparentemente festiva esconde otra de total e implacable crítica. Su misión, reiteradamente manifestada, es la crítica de lo *no aceptable*; su fin: el bien de la patria. Por ello, en casi todos sus artículos se sitúa en un lugar de oposición a la política vigente, que resulta inoperante y contraviene esa sagrada finalidad. Sin embargo, en esta postura no hay extremismos, no hay cegueras: es perfectamente lúcida. Su carta al director de *El Español* es buena muestra de ello. Tras reiterar su decidida independencia de criterios, afirma: «Rehúso pertenecer a un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición, *quand même*» (p. 579), y añade, refiriéndose a las circunstancias concretas de la primavera de 1836: «Así el Ministerio Istúriz como el Ministerio Mendizábal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen más importancia que la del bien o del mal que le puedan hacer a mi patria» (p. 579). Esa postura

<sup>19</sup> *Mariano de Larra and Spanish Political Rhetoric*, The University of Wisconsin Press, Madison-London, 1971.

crítica, de oposición, está ligada evidentemente a la actuación del Gobierno y no ha de cesar mientras ésta no sea aceptable.

A través del estudio de los artículos figarianos es viable descubrir o desentrañar ciertos presupuestos ideológicos. Ahora bien, no se trata de un pensamiento político, configurado a partir de aquéllos, ya que *Figaro* no se muestra a su través como un pensador o teórico de esa índole, creador de una doctrina concreta aplicable a un sistema político. Pero no sólo eso, sino que ese pensamiento latente no encaja en las tendencias de su época, no se le puede encasillar en la España de 1836, como ha apuntado Cecilio Alonso<sup>20</sup>.

Mientras el *Pobrecito Hablador* se presenta como un reformista, *Figaro*, aun sin manifestar explícitamente ningún programa, supera esa línea reformista hacia tendencias más radicales. Gustavo Fabra<sup>21</sup> le atribuye un «revolucionarismo teórico», que basa en una serie de ideas, tres fundamentalmente: la lucha contra las costumbres e intereses caducos e inoperantes, la acción política que ha de ser llevada a cabo por una minoría inteligente y la revolución social, que no ha de ser sólo política o simple toma de poder por ciertos sectores.

Los presupuestos ideológicos de *Figaro* se acercan bastante a lo que podríamos denominar *Liberalismo democrático*. En el fondo de su pensamiento se vislumbran ciertas ideas, avanzadas para su tiempo, en relación con la libertad, la igualdad, la representatividad y la soberanía popular, aunque no exenta de contradicciones.

Pero además de estas diferencias que he estado estableciendo entre los distintos *personajes-autores*, hay que destacar un hecho importante: sólo dos artículos aparecen firmados por Larra en convivencia editorial con todos los anteriores. Se trata de «El Ministerio Mendizábal» (*M. J. de L.*) y «Exequias del conde de Campo-Alange» (*M. J. de Larra*). El primero es un comentario al opúsculo de igual título publicado por Espronceda. Recoge y suscribe varios fragmentos del folleto, alabando a su autor por «su energía y valor político» (p. 575). Dichos fragmentos, de marcado carácter antimendizabalista, se centran en el hecho de que el pueblo ha sido engañado, sobre todo en la puesta en práctica de la desamortización eclesiástica, que en nada vino a resolver la situación de los menos privilegiados, sino, por el contrario, a beneficiar a la burguesía acomodada, que a precios muy bajos llegó a adquirir los bienes de la Iglesia.

El otro artículo que aparece firmado por Larra es de carácter muy diferente al que acabamos de referirnos. Está dedicado a la memoria de

<sup>20</sup> «Larra y Espronceda: dos liberales impacientes», en *Literatura y Poder*, Comunicación, Madrid, 1971, pág. 91.

<sup>21</sup> «El pensamiento vivo de Larra», *Revista de Occidente* (2.<sup>a</sup> época), núm. 50, Madrid, mayo 1967.

su gran amigo, ayudante del general Espartero, que había fallecido recientemente en el ataque a Buceña, durante el sitio de Bilbao.

Han pasado varios meses desde el artículo dedicado al opúsculo de Espronceda, y durante ellos han sucedido ciertos hechos fundamentales. Larra decide, pocos meses después de esa publicación, colaborar con el Gobierno Istúriz, de origen dudoso. No es éste el lugar para juzgar su actitud, pero sí de resaltar las esperanzas con que se entregó a su futura diputación por Avila. Probablemente, lo único que le interesaba era actuar con eficacia, al margen, aunque fuera, de lo legal y legítimo, tal como ha señalado Cecilio Alonso<sup>22</sup>. Esas ilusiones se frustran con la Sargentada de la Granja, que llevó consigo la nueva implantación del código doceañista y el nombramiento del Gobierno presidido por Calatrava. La decepción empieza a teñir la vida de Larra de un negro intenso cuando el amigo perece en la lucha. Campo-Alange significaba la encarnación de un conjunto de virtudes que en la sociedad española resultaban inoperantes. Su muerte no hace más que subrayar la evidencia que Larra ya vislumbraba en su propia existencia: el suicidio está cerca. Esta necrología, que junto a «El día de difuntos de 1836», «La Nochebuena de 1836» y «Horas de invierno» es denominada por Aranguren «tetralogía pesimista»<sup>23</sup>, alcanza un profundo patetismo que estremece al lector.

Evidentemente, que la firma de *Larra* aparezca en estos dos artículos era lo obligado, dada la naturaleza de ambos: un comentario a un folleto político que le interesaba apoyar y recomendar públicamente y una necrología, en tono elegíaco y absolutamente personal, dedicada a un íntimo amigo del Larra escritor.

Es difícil establecer el porqué de estos *personajes-autores*. Aranguren habla de «inquietud radical», la cual le lleva a variar y crear nuevos seres de ficción. Pero este supremo imperativo tiene una dimensión más amplia: la búsqueda de nuevos horizontes, no conformándose con los existentes. Así, «no es la vida, sino la trascendencia de sí mismo a lo largo de ella, el supremo valor subjetivo. Por eso cuando siente que la vida no le sirve ya para poder seguir variando, él mismo se la quitará»<sup>24</sup>.

Podemos pensar también en otros posibles orígenes. Pessoa, en su carta a Casais Monteiro, le hablaba de su «tendencia orgânica e constante pora a despersonalização e pora a simulação». No tenemos ninguna información del propio Larra acerca de si él participaba también de esa tendencia. Ahora bien, poseemos numerosísimos datos, sacados de sus artículos, que nos hablan de una clara proclividad a la mixtifica-

<sup>22</sup> *Op. cit.*, pág. 54.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, pág. 173.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pág. 159.

ción, a la ocultación. Recordemos la presencia de *Ramón Arriala* en el *Duende Satírico*, el intento de resucitar literariamente al *Pobrecito Hablador*, toda la simulación ficcional de la amistad Larra-Figaro, la presencia de corresponsales desconocidos, amén de la de otros de los que sabemos poco, como el *Habanero*, el *Estudiante*, los *liberales*, etc.

Por último, podríamos pensar en una forma de dar salida a las contradicciones del propio escritor. El *Pobrecito Hablador* y *Andrés Niporesas* bien podrían encarnar esa eterna confrontación de Larra entre la esperanza y la desesperanza, el optimismo y la decepción.

Es evidente, por todo ello, que frente a la teoría de los seudónimos debemos inclinarnos por la de los apócrifos. Muy cercano a este término está el de heterónimo, creado por Pessoa. La diferencia entre ambos se centra esencialmente en el mayor o menor grado de autonomía respecto de su creador. Ahora bien, esta distinción, además de abstracta, es más sutil de lo que a primera vista parece. Torrente Ballester, gran conocedor de estas cuestiones, en su novela *Fragmentos de Apocalipsis*, identifica el heterónimo con el espíritu de su constructor, pero al mismo tiempo lo distancia cuando dice: «Los heterónimos no pasan de ser un truco. Todo el mundo lleva dentro contradicciones, y hay gente a quien le gusta darles nombre y forma humana. Es como crear un personaje» (página 197). En este sentido, en Larra se produce ese trasvase hacia la heteronimia. Sólo en una ocasión, y por circunstancias muy concretas, se ve obligado a identificarse con su *personaje-autor* más querido. En su artículo dedicado a «los redactores del mundo» del 27 de diciembre de 1836, contesta a la publicación que el 17 del mismo mes había hecho *El Eco del Comercio*, donde se criticaba a los redactores de aquel periódico por ocultar sus nombres. Figaro, uno de ellos, se ve forzado a aclarar ciertas cosas en relación con su identidad, aunque durante todo el artículo mantiene la ficción<sup>25</sup>. Aparece firmado así: «FIGARO o, por otro nombre, MARIANO JOSE DE LARRA». Sin duda, no hubo más remedio que hacerlo, ya que, como explica Sánchez Estevan<sup>26</sup>, el asunto había llegado a extremos de agitación—de evidente índole política—realmente peligrosos para los redactores de *El Mundo*.

A pesar de ello, los artículos de los *personajes-autores* de Larra son muy distintos a los que firma con su propio nombre y, por sus afirmaciones, parece que hay un intento consciente de darles plena autonomía.

<sup>25</sup> Figaro declara que él y «Mariano José de Larra son uña y carne, como el diputado Argüelles y la Constitución de 1812, y que no se puede herir a uno sin lastimar a otro. Juntos vivimos, juntos escribimos y juntos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos [...] declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana, desde las nueve en adelante; y en fin, a donde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, Figaro y dicho Larra, *bras dessous, bras dessus*, ordinariamente por la calle Mayor» (págs. 619-620).

<sup>26</sup> *Op. cit.*, págs. 201-202.

Veamos dos ejemplos. La portada de *El Duende Satírico del Día* llevaba bajo su subtítulo las siguientes palabras: «Le publica de *su parte* Mariano José de Larra» (subr. mío). Cuando nuestro escritor contesta a los ataques que *La Abeja*, periódico adicto a Martínez de la Rosa, le había dirigido por abandonar la *Revista Española*, sus palabras son muy significativas en cuanto a la independencia de *Figaro*: «Con respecto a mi separación de la *Revista Española*, tengo el honor de manifestar a ustedes que *Figaro ha dejado, él, de escribir en ella, porque así lo ha creído conveniente*» (subr. mío).

El que Larra consiga una total autonomía de sus personajes-heterónimos con respecto a él mismo o éstos sean sus «máscaras transparentes», en expresión de Octavio Paz, no enturbia, en absoluto, su intención de crear entes con independencia. Evidentemente, no podríamos atribuir a Larra por entero un especial modo de hacer literatura «inventado» un siglo más tarde, pero sí debemos situarlo en esa tradición o antecedentes de la heteronimia.

## ERMITAS PENAS VARELA

Universidad de  
SANTIAGO DE COMPOSTELA